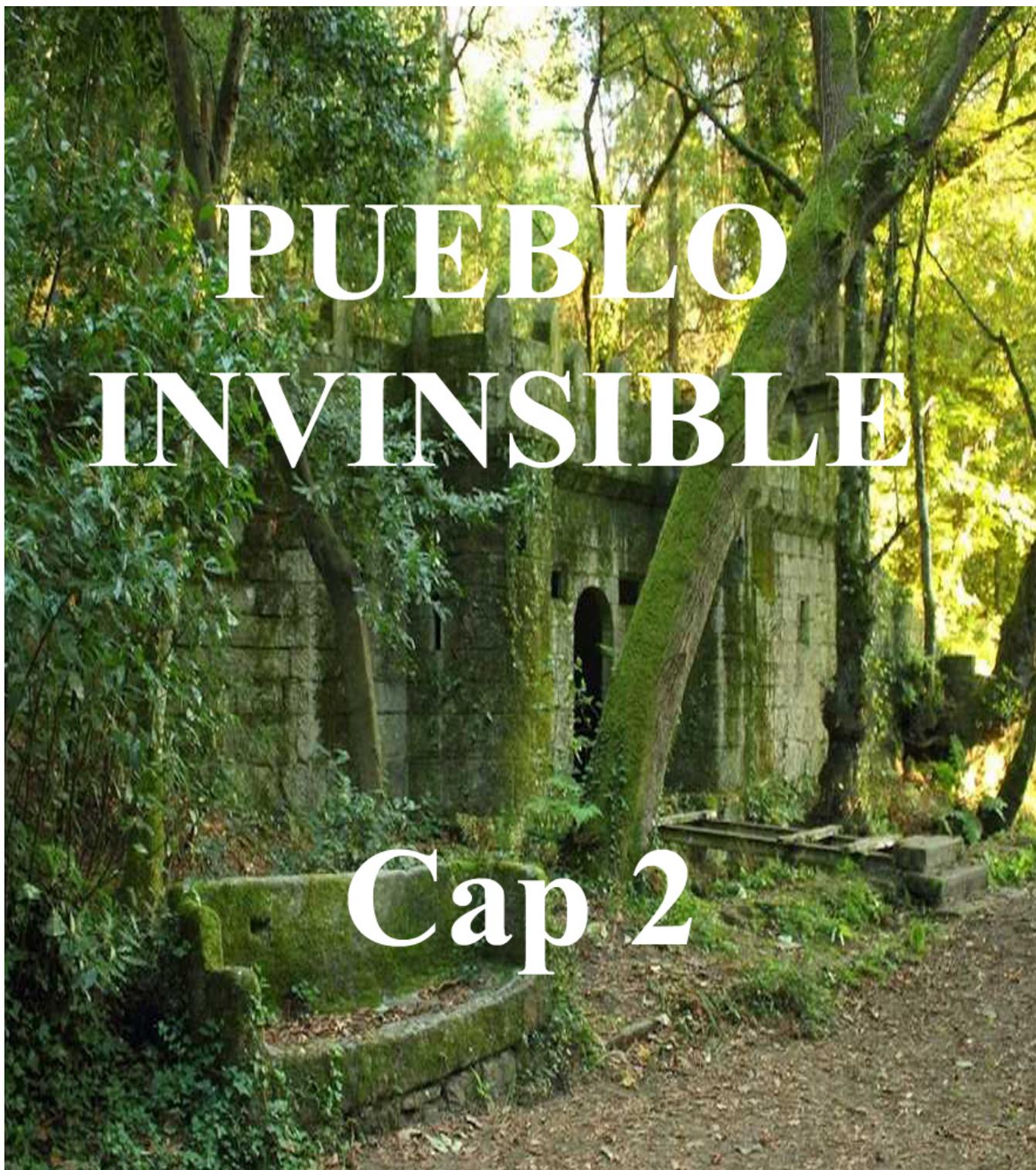


## Pueblo invisible Cap 2

José Manuel Gasulla



# PUEBLO INVINSIBLE

## Cap 2

# Capítulo 1

## 2 EL CASTILLO

Necio, deja eso inmediatamente en su lugar.

La voz sorprendió al fiero rab-kisi. Sin embargo, permaneció inmóvil, y buscó su procedencia. Costó un poco que su vista se acostumbrase a la penumbra del otro extremo de la gran sala. Observó con mirada entre precavida y agresiva, la alta y delgada silueta envuelta en una especie de túnica con la capucha echada hacia atrás.

Apenas vislumbró un rostro enjuto de facciones agradables en las que el arado de los años había dejado profundos surcos. Sus ojos tenían un color indefinible, pero en ellos brillaba el fuego intenso de una voluntad férrea.

Es por tu vida. Si tocas ese cofrecillo demasiado tiempo o lo abres ¡Ni se te ocurra! no verás la próxima luna pues morirás entre terribles dolores. Aparecerán por todo tu cuerpo horribles úlceras y tu agonía será lenta pero atroz.

Miró sorprendido. Obedeciendo la imperativa orden depositó el pesado cofrecillo en el estante donde lo había tomado.

Mirando fijamente a la seca figura interrogó:

¿Quién eres? ¿un brujo? ¿mago? ¿nigromante?

Nada de eso y todo eso. Pero nada debes temer de mí. Lo que no sé es si yo debo temer algo de ti...

El rab-kisi, cuya altura superaba los siete pies, miró su fornido cuerpo, observó su gran cinturón de cuero del que colgaba una enorme espada y un largo y afilado puñal.

De nuevo dirigió una inquisidora mirada al anciano y no viendo potencial peligro decidió dar la mayor muestra de confianza. Por otra parte, su instinto de veterano guerrero le hacía tener la certeza de que el acero nada podría contra su oponente.

Con gesto exageradamente teatral se deshebilló el cinto y con sumo cuidado lo colocó en una gran silla de madera cercana.

Bien, bien – dijo el anciano suavizando su tono de voz - Veo que ahora estamos en posición idónea para hablar. Aproxímate y toma asiento - Señaló una gran mesa de madera alrededor de la cual había siete

robustas sillas.

Miró el extraño cofrecillo de un metal desconocido para él, pero tosco y realmente pesado para su tamaño.

- ¿Qué es eso tan peligroso? ¿Algún extraño conjuro tuyo? - indagó el alto guerrero.

- No. Ni siquiera es magia. Pero es de otro mundo. Encerrado en ese recipiente de plomo su poder no causa efecto. Sin embargo, un solo contacto con él produce una muerte lenta y horrible.

- ¿Y por qué guardas objeto que sabes tan letal?

- Es una de las muchas piezas que colecciono. Soy un estudioso. Nunca sabes que puede ser útil ni cuándo. - respondió el anciano.

Ambos habían tomado asiento. Un candelabro con una gruesa vela proporcionaba la indispensable iluminación, para adivinar más que ver la gran sala. Repleta de estantes y anaqueles, todo el espacio disponible estaba exhaustivamente aprovechado. Un par de ventanas altas, más tragaluces que otra cosa, indicaban que la estancia estaba construida casi completamente bajo tierra.

Los más extraños artículos se amontonaban por doquier, y las telarañas y el polvo hacía mucho tiempo que habían tomado posesión inapelable de la mayor parte de la estancia.

¿Y qué haces aquí? -preguntó el fornido guerrero.

Eso quisiera saber yo ¿Qué haces tú aquí? - respondió con aplomo el anciano.

El rab-kisi enrojeció levemente antes de responder.

Soy el rab-kisi o sea el jefe de regimiento del ejército del rey Ranavalon III. Mi nombre es Poltreides. Comandaba un regimiento de exploración por orden de mi señor y nos adentramos en estas tierras.

¿Comandabas?

Sí - Poltreides lanzó un profundo suspiro - Mis hombres, ochocientos, todo mi regimiento ha muerto o desaparecido. Me he quedado solo en esta interminable llanura. Desorientado y hambriento, vi a lo lejos lo que pensé que era una colina con altos árboles. Me dirigí hacia aquí y al aproximarme comprobé que realmente se trataba de las ruinas de un castillo, completamente poseído por estos altísimos árboles y todas las

frondosas plantas.

¿No sabías que estas tierras están malditas? ¿Qué esto es territorio de muertos y que nadie vivo es bienvenido aquí?

¿Y tú?

Estoy a salvo. Porque nadie sabe que estoy aquí... hasta ahora.

Tu secreto está a salvo conmigo. Pero ¿Por qué vives aquí?

Me gusta la tranquilidad de este lugar, me permite centrarme en mis estudios. Además, no pago alquiler. Por cierto, un poco de comida y bebida no nos vendría mal. Sobre todo, a ti. – respondió el anciano.

Bien cierto. – afirmó Poltreides

Se levantó con una agilidad poco adecuada a su edad y se dirigió hacia la chimenea donde pendía una gran olla renegrada, hirviendo mansamente.

Ayúdame a poner la mesa. Tenemos pan, sopa de verduras, queso, variedad de frutos secos y por supuesto cerveza.

Aún no habían acabado de colocar los enseres cuando un enorme gato, desperezándose ostentosamente, abandonó su cómoda posición al lado del fuego y empezó a pasear para acabar subiéndose a la mesa.

Ah, este es Ailuro. Está claro que le caes bien.

¿Ailuro? Extraño nombre para un gato ¿Qué significa?

En una lengua desconocida y olvidada significa precisamente eso, gato.

Ailuro, cómodamente estirado sobre la mesa lo miró sin interés. Y mostrando una total indiferencia se dedicó a un asunto mucho más importante, su higiene personal.

¿Dices que le caigo bien? Pues parece que me ignora completamente.

Precisamente. Sabe que no tiene nada que temer de ti. Te garantizo que si te temiese o pensase que eres mala gente, su actitud sería muy distinta. Y deberías preocuparte.

¿Porque tienes ese gato? - interrogó Poltreides.

Me gustan los gatos. Aparte de hacerme compañía, resulta muy útil. No

hay ratones...

¿Se los come? –preguntó, observando al rollizo gato.

No, solo los asusta. Mientras anda por aquí, ellos huyen y si alguno es lo suficientemente osado para pasearse por la sala, una sola mirada de Ailuro lo pone pies en polvorosa.

Vaya, me gustaría tener soldados así.

Pero su mayor virtud es que ve cosas que nosotros no podemos. Y me advierte cuando la situación se vuelve peligrosa.

¿A qué te refieres?

Por ejemplo, me avisó de tu llegada cuando tú aún estabas buscando la forma de acceder al castillo. Pero tu intrusión representa un peligro mínimo. Lo importante es que me advierte cuando los espíritus andan revueltos...

¿Espíritus? No me dirás que crees en fantasmas.

No todo lo que existe es visible. Y no es que crea en ellos, es que son reales. No se puede negar lo que es verdad. Te dije que esta es tierra de muertos y es cierto. Y mucho más peligrosos que los vivos. ¿Quién atacó y asesinó a tus soldados?

Humm, no lo sé. No vimos a nadie. Algunos de ellos aparecieron muertos al amanecer. No había signos de violencia ni heridas en sus cuerpos sin vida. Un temor supersticioso se apoderó de los supervivientes y huyeron despavoridos en todas direcciones.

Y ¿eso no te parece extraño?

Por supuesto. Pero pensé... ¿Quién construyó este imponente castillo? ¿Dónde están sus habitantes?

No sé quien construyó este castillo. Calculo que eso sucedió hace seiscientos o setecientos años. Tal vez un milenio. Pero te aseguro que hace siglos que sus habitantes están muertos. No es que me dedique mucho a pasear por ahí fuera, pero si lo suficiente como para asegurarte que toda esta inmensa región está deshabitada. No hay pueblos, no hay ciudades... no hay nadie. Solo animales salvajes.

Entonces ¿Por qué no puedo reclamar estas tierras para mi rey?

Eres un poco duro de mollera. Te repito no hay nadie... vivo. Pero estas tierras tienen dueños. Y no dejaran que nadie las pueda conquistar. Han

sido tuyas, lo son y lo serán mientras el mundo sea mundo. Así que regresa con tu rey y explícale claramente la situación. Las tropas que mande, por muchas que sean, solo encontrarán la muerte.

Mi Rey es un conquistador. Y es muy terco, no será fácil convencerle de que renuncie a sus planes.

Más le vale, a menos que desee seguir sacrificando vidas sin razón. Tú sabes perfectamente lo que sucedió con la avanzadilla hace cinco lunas, en el claro del bosque. Un grupo de diez exploradores y su rab-enserd fueron encontrados muertos de forma inexplicable. A pesar de ser advertidos por un monje anacoreta, se empeñaron en seguir adelante y solo encontraron la muerte.

¿Cómo sabes eso? Es un secreto de estado. – se sorprendió Poltreides.

Humm. Los árboles mueven sus ramas al viento, el viento canta cosas a sus hojas y ellas se lo cuentan a Ailuro y él, a mí. - cambió súbitamente de tema- ¿has tomado esposa? ¿tienes hijos?

Ehhh Si, tengo la más bella, divertida e inteligente de las esposas de todo el mundo conocido. Y tenemos dos vástagos. ¿por qué? ¿Qué importancia tiene?

Tu rey es conocido por su crueldad y su facilidad para la ira. No es un ser paciente y con demasiada frecuencia, sus decisiones son viscerales. Mucho más que razonadas.

Parece que lo conoces bien, pero no veo donde quieres llegar.

Tu eres un buen guerrero. Fuerte y valiente. Preparado para la lucha. Pero antes que eso, eres un buen hombre. Si no fuese así, no estaríamos hablando

No entiendo. - Afirmó categóricamente Poltreides

Entiendo que no entiendas. Esto es complicado. No estás vivo por tu habilidad ni por tu buena suerte. No has llegado a este castillo de forma azarosa. Tu camino ha sido marcado y tu vida preservada por fuerzas que no puedes ni imaginar y mucho menos comprender. Tienes una misión que cumplir, una misión delicada y muy importante. Debes volver a PethlaKu, con tu Rey y disuadirle de sus intentos de conquista. Hacerle ver que son vanos. No será sencillo, pero sí muy peligroso. Para ti, pero sobre todo para tu esposa e hijos. ¿me equivoco al afirmar que la ira de tu rey se ceba, en más de una ocasión, en allegados inocentes?

-No. Desgraciadamente, eso es muy cierto – respondió Poltreides,

bebiendo un largo trago de su cerveza.

¿Por qué sirves a Ranavalon? –preguntó el anciano súbitamente.

Poltreides mostró en su rostro un sincero asombro y titubeando respondió:

Porque es mi rey. Y es mi deber. Estoy juramentado.

¿Tu deber? ¿servir órdenes de un loco cruel y sanguinario? ¿Por qué eres soldado? No me dirás que por el salario.

Mi padre lo fue antes que yo. Y mi abuelo. Soy de una casta militar. Viene de familia.

Y ¿no es cierto que tu abuelo, gran soldado, por cierto, murió a manos del verdugo por orden de Ranavalon II? Acusado de alta traición...

Vaya, pues sí que son charlatanes esos árboles, y Ailuro, aunque me cae bien, he de decir que no es nada discreto. Porque todo eso lo sabes gracias a que él te lo ha contado ¿no?

Bueno, no exactamente, pero algo de eso hay. La pregunta ahora es ¿Por qué debes fidelidad al hijo de aquel que asesinó injustamente a tu propio abuelo?

El rab-kisi tomó un largo trago de su copa de cerveza. Al advertir que estaba vacía, cogió la jarra y se sirvió más. Se quedó meditando, durante un buen rato. El anciano respetó su prolongado silencio. Al final repuso:

No lo sé.

¿Cuántas almas inocentes ha enviado tu espada a los infiernos?

¡Ninguna! He matado muchos hombres, pero todos en buena lid. Soldados que luchaban por su causa, solo que el bando equivocado. Enemigos...

¿Enemigos? Si, enemigos. Pero ¿cómo puedes saber que el bando equivocado no es el tuyo? ¿has elegido o son los acontecimientos quienes te han colocado?

Detente, anciano. Ya veo tu jugada. Quieres minar mi moral, hacerme dudar de mis principios, quebrantar mi lealtad.

¿Tú crees? - el anciano tomó su copa y la apuró de un largo trago, mientras lo miraba fijamente a los ojos- ¿en serio? Bien, en ese caso lo único que te queda por hacer es agradecerme mi hospitalidad, despedirte de Ailuro y de mí, y emprender el camino de regreso a la fortaleza de tu

Rey. Esa que llamas hogar, donde tu lealtad, honor y principios, seguirán intactos... a menos que acaben bajo el hacha del verdugo. - El anciano se incorporó de su silla.

¡Espera! – casi gritó Poltreides. Viendo que volvía a sentarse continuó - ¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo hacer?

¿De verdad esperas que yo te lo diga? Con ese tarugo que tienes por cabeza no deja de sorprenderme que hayas alcanzado el grado de rab-kisi. - le respondió casi sonriendo.

Lo miró enfadado, casi colérico, pero también de forma interrogante.

Sabes muchas cosas, cosas que no deberías saber. Has realizado un escueto pero acertado análisis de la situación. Cierto es que, si vuelvo sin mis hombres, solo y fracasado, mi recompensa será la muerte. Pero si tal vez explicase la existencia de este castillo en ruinas y tu presencia...

Es una opción. Pero te diré algo. Ni un ejército de diez mil hombres podrá llegar hasta aquí. Morirán todos y no por armas ni por guerreros humanos. Sabes bien a lo que me refiero. Han muerto tus hombres, murieron los exploradores y morirán todos los que vengan. Y aún en el imposible caso de que alguien sea capaz de llegar hasta el castillo, hasta estas ruinas, ¿qué te hace suponer que me encontrarán?

Se quedó pensativo, evaluando las palabras. Observó la vacía jarra.

¿Tienes más de esa cerveza?

Por supuesto. - No se levantó, pero hizo un extraño gesto con su diestra, y al instante una jarra apareció y se aproximó flotando en el aire y se posó con extrema suavidad en la mesa. – sírvete la que deseas.

¿Cómo haces eso? –Poltreides abrió ojos como platos y su expresión era de real asombro.

¡Bahhh! Solo quería impresionarte un poco.

Evidentemente lo has logrado. Y también me haces pensar seriamente en mi futuro. Cuando dices es cierto. Soy un soldado y afrontaré la muerte con valentía y honor, no temo por mi vida, pero sí por la de mi esposa y de mis hijos. Haga lo que haga no puedo garantizar su seguridad. ¿Qué puedo hacer?

Si no regresas tu iracundo Rey mandará más tropas a buscarte. Al no hallaros, ni a ti ni a tus hombres lo más probable es que monte en cólera, os considere desertores y condene a muerte a toda tu familia. – sirvió

espumosa cerveza en ambas jarras y, tras una breve pausa preguntó

¿Sabes escribir?

¡Claro! – respondió Poltreides con tono ofendido - ¿Qué estás pensando?

Una nota. Algo que informe a tu esposa de forma confidencial, pero que no deje ninguna duda acerca de que tú eres autor.

Eso es simple, Altahira y yo nos conocemos desde niños. Y ya muy jóvenes nos enamoramos. Para que los adultos no pudiesen fisgar en nuestros asuntos, desarrollamos un lenguaje secreto, para enviarnos mensajes.

¿Un código cifrado? Eso es simplemente genial. En el mensaje debes identificarte de forma indiscutible. Dile que aparecerá un hombre llamado Zalmar, con un carro tirado por un asno, vendiendo diversos objetos. Cacharos de arcilla, de latón. Vamos, un buhonero. Debe confiar en él y hacer lo que le diga, si es que quiere reunirse contigo. Breve, claro y conciso.

Muy bien. Puedo hacer eso. Pero ¿cómo llegará el escrito a manos de mi esposa? ¿lo llevará el viento, ese viento que le susurra secretos a Ailuro?

Sí. El viento, utilizando como vehículo un halcón.

Una mirada casual a uno de los tragaluces le demostró que ya había anochecido. De repente, un aleteo sobresaltó a Poltreides. Advirtiendo su sorpresa, el anciano repuso:

Oh, no hay de qué preocuparse. Se trata de Bubbo, que va a buscar algo de cena.

Observó el vuelo de la gran ave cuya envergadura sobrepasaba los seis pies. Tras trazar varios círculos en el aire salió por uno de los tragaluces.

- ¿Bubbo? Eso será el nombre de ese búho... y significará en algún idioma extraño simplemente búho.

- Efectivamente. Otro buen compañero.

- Y ¿Cómo se lleva con Ailuro?

- Muy bien. El gato no vuela y Bubbo no baja nunca al suelo. Simplemente, no tienen intereses comunes y mantienen un amigable estado de mutua indiferencia.

- Es un búho real, he visto muchos, pero nunca uno tan grande y jamás conviviendo con gatos y humanos.

- Hay muchas cosas que no has visto... todavía. – sonrió el anciano, partiendo una nuez con una mano, solo con los dedos.

Poltreides tomó otra nuez y usando el pulgar y el índice, intentó imitarle. Pero la nuez resistió su fuerza y no se quebró. Intentando disimular su fracaso, que parecía haber pasado inadvertido a su anfitrión dijo:

Y mientras aguardamos noticias de mi familia ¿Qué podemos hacer?

Esperar. En una semana a lo sumo tu esposa y tus hijos estarán aquí, a salvo. Después podrás partir a darle explicaciones a tu Rey o...

O ¿qué? – el rab-kisi indagó, suspicaz.

Uno de los rab-hang de Ranavalon y sus cincuenta y cinco hombres han sido enviados a investigar lo sucedido al pelotón de reconocimiento. Naturalmente han hallado sus cadáveres, lo que ha confirmado lo que ya sabíamos todos. Ellos han sido más listos y en cierta forma, han hecho caso de unas sabias advertencias. Pero ahora se enfrentan a una difícil situación. Volver e informar al loco Rey o desertar. Después de largas deliberaciones, han considerado la segunda opción.

¡Traidores!

¿Traidores? ¿Por qué? Son soldados, buenos guerreros. Acabar bajo el hacha del verdugo no creo que sea la meta de ningún hombre que lucha con honor.

Tal vez tengas razón. Conozco a algunos de ellos. Lucharán hasta la muerte contra cualquier enemigo, pero no son suicidas. Y ¿A dónde se dirigen? Si sabes tanto, sin duda sabrás cuáles son sus planes.

Por supuesto. Ahora mismo están siguiendo el curso del Humbrión hacia Zircontia, donde piensan alquilar sus espadas.

¿Mercenarios? ¿Contra su propio Rey?

Contra un ser infame e insaciable de poder que no ha dudado en pasar pueblos enteros a fuego y acero para conquistar sus territorios. Sin declaración de guerra y sin mediar la más mínima provocación. O ¿acaso ignoras la campaña bélica contra vuestros vecinos del sur?

No, claro que no. Tampoco ignoro que todos los reinos han caído o se han rendido a nuest... al ejército de Ranavalon III, excepto Zircontia que sigue

resistiendo a duras penas el asedio.

Tus compañeros han visto como única opción unirse a los defensores del último bastión. No es difícil ver que quieren detener este estado de terror y lucha salvaje.

Quizá lo más útil que puedo hacer es seguirles y unirme a ellos. No puedo permanecer aquí esperando. No cuando mis hombres, mis compañeros me necesitan. Tienes razón, anciano – cayó en la cuenta de que aún no sabía su nombre – Por cierto ¿Cómo debo llamarte?

Mi nombre no es relevante. Cumple tu misión. Únete a los tuyos en busca de una muerte posible. Pero no vuelvas a PethlaKu en busca una muerte segura.

¿Y mi familia? –su voz sonó seriamente preocupada.

Estará a salvo aquí, donde Ranavalon no podrá encontrarla nunca. Y esperarán tu regreso... así que cuídate.

Detrás del castillo -explicó el anciano - a apenas dos leguas de distancia se encuentra un pequeño valle. Allí hay manadas de caballos, que en algún momento fueron domésticos, pero ya no se acuerdan. Sin embargo, no creo que un soldado de tu experiencia y habilidad tenga problemas en montar alguno.

Por supuesto. Si quiero alcanzar a mis compañeros antes de que lleguen a Zircontia deberé viajar deprisa. Nunca los alcanzaría a pie pues me llevan varias jornadas de ventaja.

El anciano pareció escuchar algo. Sin embargo, Poltreides a pesar de prestar la máxima atención no pudo percibir nada. Aparte de ver que el gato se levantaba y daba un par de vueltas, saltando al suelo y acercándose a la chimenea, paseó por la estancia, miró fijamente hacia un punto indefinido del techo y volvió a enroscarse encima de la mesa. Al cabo de unos instantes sin mudar su expresión hierática su misterioso anfitrión le dijo:

Siéntate, toma algo de esa cerveza que tanto te ha gustado. Espérame, yo tengo que realizar cierta gestión. – explicó y acto seguido desapareció entre las sombras de la puerta.

Al quedar solo en compañía de Ailuro, se sentó y se sirvió una copa de espumosa bebida, mientras acariciaba distraídamente al felino, que había reanudado la dura tarea de seguir durmiendo encima de la mesa.

Al cabo de un buen rato reapareció el anciano, trayendo un fardo

cuidadosamente envuelto. Se lo entregó mientras le decía:

Tengo que confiarte una importante misión. Debes marchar al bosque al lugar donde murieron los exploradores, el mismo donde tus compañeros al mando de su rab-hang, decidieron dirigirse hacia Zircontia. Allí te reunirás con el monje que les advirtió y le entregarás este fardo. No creo que deba recalcarte que es de vital importancia.

¿Cómo le encontraré? – interrogó Poltreides.

Oh, no te inquietes por eso. Él te encontrará a ti – sonrió el anciano, dándole un pergamino cuidadosamente plegado. – Es un mapa de la región. Te será útil, después de haber vagado desorientado por estos bosques.

Gracias, sí creo que será muy adecuado – respondió Poltreides - ¿Qué contiene ese envoltorio, tan importante?

Lo sabrás a su debido tiempo. Ahora solo debes saber que juega un papel muy serio en el futuro del mundo conocido. Pero no se te ocurra curiosear... ni abrir el paquete.

Tienes mi palabra – repuso el rab-kisi. – tampoco soy tan chafardero.

Por descontado – afirmó el anciano – Prepárate para partir con las primeras luces del alba. ¡Ah! Otra cosa. Cuando lleguéis a Zircontia, deberás buscar a un hombre. No te será difícil dar con él en algún tugurio de la zona baja de la ciudad, posiblemente por el puerto. Es un tipo fornido, tuerto y de aspecto patibulario. No te dejes impresionar por su aspecto, es de fiar. – rebuscó el anciano en algún bolsillo de su túnica y le entregó un curioso anillo – Muéstraselo y si lo reconoce, es el hombre correcto. Él te contará muchas cosas interesantes. Escúchale y obra en consecuencia.

¡Cuánto misterio! – exclamó Poltreides – esto parece una conspiración...

Es una conspiración. – rio el anciano. - Quedan varias horas antes de que amanezca ¿quieres descansar?

No, no podría dormir. Mejor tomamos algo de esa rica cerveza y charlamos- respondió Poltreides.

Sea como dices, pues.

Para estar en un lugar tan solitario, parece tener una amplia vida social. Sabes muchas cosas y seguro que bastantes más de las que me cuentas. Conoces gentes en lugares muy distantes. Me tienes francamente

intrigado...

¡Oh! Vamos, me sobrevaloras. Esto es muy aburrido y tengo que buscar distracciones adecuadas a mi situación. Te dije que soy un estudioso...

Apenas despuntó el alba Poltreides se despidió del anciano. Pero este le dijo:

No, espera, vengo contigo. Me sentará muy bien dar un paseíto matutino y tal vez pueda ser de utilidad. – No fue un largo camino hasta el pequeño valle, donde había varios caballos pasciendo fresca hierba. El rab-kisi intentó acercarse a ellos, pero al verlo venir se apartaron.

Espera – dijo el anciano - ¿Cuál consideras más adecuado?

Tal vez ese de color tostado. Parece infatigable y tiene muy buen porte.

Bien – se aproximó al animal despacio, pero sin vacilar. El caballo le vio venir, pero no se apartó. Le acarició las crines y Poltreides hubiese jurado que le hablaba al oído. Le hizo gestos que se aproximase.

Has elegido sabiamente – le dijo sin dejar de pasar su mano por el cuello del noble bruto.

Vaya parece que te llevas bien con los animales, no solo con los gatos y búhos – exclamó sorprendido el rab-kisi.

Vivo inmerso en la naturaleza, comprendo el mundo y él me comprende a mí. – sonrió el anciano – Pero no te demores más, parte raudo.

Colocó un pellejo de cerveza, una bolsa con algo de comida y el resto de su exiguo equipaje en el lomo del animal y luego montó sin problemas. El caballo lo aceptó sin disgusto y empezó a andar.

Hasta pronto, misterioso hombre sin nombre. - Poltreides alzó su mano a guisa de despedida.